

EL UNIVERSO CERVANTINO

Oscar de la Borbolla

La *Cervantiada* es un libro que nace por la invitación-provocación de Julio Ortega para celebrar el quinto centenario de un modo alternativo: interviniendo en el *Quijote*. La petición fue la misma para todos: Hagan lo que se les pegue la gana, nos dijo, aunque, claro, no con estas palabras, porque Julio es un hombre amable y refinado; pero sí con ese espíritu, con ese ánimo de suscitar en nosotros respuestas originales ante la obra más viva de nuestra lengua.

Por su origen, *La Cervantiada* es literalmente un universo y no una miscelánea, pues por más que cada capítulo se dispare hacia un rumbo diferente, todos surgen del mismo punto; pero ese punto no es sin más el *Quijote*, sino el que se ubica en la intersección de dos líneas de afecto: el que sentimos por Cervantes esquina con la amistad a Julio Ortega.

Cada uno de los escritores reunidos en el libro hizo lo que quiso, que en la práctica se convierte en lo que pudo; esto no alude a la calidad de los textos, sino al poder que depende de la individualidad irreductible de cada quien: nunca como ahora, al leerme en medio de los demás, me he sentido tan distinto, ni había descubierto tantas diferencias entre los escritores. Somos tan raros, resultamos tan raros precisamente por hablar de lo mismo y desde la misma motivación, que quizá por dialéctica o por mera paradoja nos volvemos en extremo parecidos como las distintas caras de un diamante o de un carbón: somos únicos e iguales, o sea que nos comunicamos por fin y, precisamente por ello, somos distinguibles. No está de más decir aquí que *La Cervantiada* reúne a puros escritores distinguidos.

Este milagro, porque en verdad es un milagro, se debe a un demiurgo y a un genio maligno: el demiurgo es Cervantes, que nos regaló ese país de

ficción que es nuestra patria, y el genio maligno es Julio, quien lo dude nada más repare en el jo jo de su risa que jamás es el ja ja del majadero, ni el ji ji del insidioso, ni el je je del burlón, sino el jo jo de quien se ríe del mundo y para adentro. Su invitación a jugar en y con el *Quijote* propició este diálogo que no es un simple intercambio de opiniones, un partido de tenis en que los contendientes se encuentran, sí, pero separados por la red. En este libro, todos nos prestamos al juego y la comunicación alcanzada es la de la aventura común: nos comunicamos sin haber cruzado una sola palabra, simplemente jugando cada cual con sus reglas.

Así, gracias a Julio Ortega, hoy existe, además de los cervantistas, los cervantinos y los cervantólogos, la hermandad de los cervantiados.